

“El Costarricense”, una obra de trascendencia

“El costarricense”

Ensayo

Constantino Láscaris

EDUCA, 1975.

476 páginas.

El doctor Láscaris, famoso por sus amenas lecciones en la Universidad de Costa Rica, ha pecado siempre de superficialidad en sus apariciones de la prensa. Tanto en sus artículos de La Nación, como en algunos de los comentarios en Canal 7, siempre le hemos visto una manera muy graciosa, pero muy ligera de analizar las cosas. No es así en sus conferencias de filosofía en la universidad y como este es el primer libro de él que leemos, no sabemos cómo es en los anteriores; sin embargo, su manera rápida de razonar-a veces sin profundidad- se repite en “El costarricense”, aunque no por eso se pueda decir que no es esta la más importante obra de su género hasta hoy escrita.

El libro surgió como una idea de EDUCA, luego de publicado “El nicaragüense”, obra de Pablo Antonio Cuadra que analiza con precisión y en menos páginas, el talante de los vecinos del norte. La designación de Láscaris para ese cometido fue muy atinada, pero se corrió el riesgo- (quien no corre



riesgos no hace nada)- de caer en apreciaciones equivocadas o mal interpretadas por un filósofo, quien si bien es ya más costarricense que cualquier otra cosa, por amor y derecho adquirido, no ha convivido siempre con la cultura nacional y, por tanto, su exégesis es todavía desde fuera, porque no es lo mismo repetir lo que se oye decir sobre el postre llamado chiricalla, que venir comiéndolo uno desde los tres años de edad. De allí surgen algunas observaciones apresuradas que contribuyen a cimentar ese tono de informalidad que el autor quiso dar al libro. Por ejemplo, dice Láscaris que cuando una pulpería no vende tragos se la llama “verdurería” (verdulería es nombre correcto, para lengua escrita), lo cual es inexacto, porque la mayoría de las pulperías no venden tragos, lo que sucede es que con el tiempo fueron ampliando su servicio y terminaron en pulpería y cantina. Casos de “La luz”, “El pato cojo”, “La bala de bronce”, pero todavía hoy la mayoría sólo venden abastos: “La

limón”, “La llamita”, “La marineta”.

Además, los ticos sí diferencian muy bien entre pulpería y cantina, tanto que los negocios ampliados se denominan así y no como cita Láscaris. Se le escapó también al filósofo el comisariato, negocio rural donde se puede adquirir de todo; tipo “La nochebuena”, de Guadalupe.

Otro error es decir que el país no tenía explicación seria para fusilar a Morazán. Claro que lo tuvo y el primerísimo era su ejército de vagabundos que atropellaban en las calles, pero el tema es demasiado conocido y discutido como para retomarlo aquí.

Hay como esos otros deslices que le quitan mérito al trabajo, realizado con un impresionante amor hacia el país que le dio acogida al autor y con una estúpida curiosidad de extranjero nacionalizado ya por mérito personal. La contraparte de estas observaciones, es lo que para nosotros los costarricenses pasa inadvertido y no así para Láscaris, quien nos lo descubre de una manera amena, aunque acientífica, como él mismo lo quiso.

En fin, el libro del doctor Láscaris es un valioso documento con altibajos, en algunos aspectos superficial, en otros hondo y novedoso. No podía salir otra cosa de tan grande empresa y está a la vista que muchos de los innumerables temas que toca, son suficientes para una larga monografía.

No tiene por qué temer el autor - como dice en el epílogo- que algún costarricense se moleste con su obra. Todo lo contrario, creo que el país debe agradecerle en mucho esa dedicación suya por romper mitos y alabar características olvidadas de la idiosincrasia nacional.

C.M.